

Yo estuve ahí

En mi recorrido matutino por los caminos de la granja, una mañana soleada con el calor habitual, me senté agotada en un banco frente a la laguna.

Buscando aire fresco, brisa, movía mi cabeza en un vaivén donde apreciaba a las nubes con sus diferentes formas en medio del cielo intensamente azul.

En un momento, al acomodarme para secar el sudor que corría por mi frente, vi sobre el césped, confundiéndose entre las hojas, un pequeño bulto que apenas se movía.

Me levanté y sigilosamente, con aire de curiosidad, me acerqué. Pude observar que se trataba de un patito que buscaba respirar.

Lo tomé con mucha suavidad, entre mis manos. Movía su cuerpo pequeñito. Pensé darle respiración artificial.

Volví al banco. Me senté colocándolo entre mis piernas, mientras con los dedos índices y medio le estimulaba el corazón.

Al ver que no salí de ese estado de movimientos leves, me asusté. Frente a mis ojos la fragilidad absoluta de una vida conmovía mis latidos. Salí en busca de un empleado de la granja.

En ese corto, pero eterno recorrido le hablaba al patito, le decía que tenía que vivir; lo estimulaba, le daba calor y todo mi amor. Cuando conseguí al empleado se lo entregué con todas las recomendaciones. Le expliqué brevemente todo lo acontecido.

Estaba segura que mi presencia ahí, era por él.

Así fue. Al día siguiente supe que mi labor no fue en vano y en días posteriores, sentada en el mismo banco, un animalito de suave plumaje se posó al lado de mi pie, reconociendo mi calor.

19

El Destino

Cuarenta años pasaron desde que Isabel y Federico se despidieron en el aeropuerto de Ciudad de México. Ella regresaba a Chile después de pasar vacaciones allí. En ese entonces él era un médico mexicano recién titulado y ella una profesora chilena de literatura. El destino los juntó y se enamoraron.

Se prometieron amor eterno, matrimonio, cartas, viajes. Durante un año la correspondencia fue frecuente, nostálgica, apasionada. Acordaron que cuando se casaran Isabel renunciaría a su carrera y se radicarían en México. Pero el destino quiso que Federico escribiera una carta sincerándose sobre el miedo que sentía ante ese trascendental paso. Isabel, que también tenía muchas dudas no vaciló en congelar el noviazgo. Se perdió la comunicación y durante 40 años la historia de amor se convirtió en leyenda.

Isabel quiso enfrentar al destino y decidió volver a México. Al llegar se contactó por teléfono con un sorprendido Federico y aceptó una invitación a cenar. Aunque ambos tenían más de 60 años, lucían estupendos, joviales, emocionados.

Él se había convertido en un exitoso psiquiatra y ella en una apreciada catedrática. La conversación fue amena y fluida. Los sentimientos no afloraron pero el ojo crítico de Isabel sí. Desde el primer saludo ella notó que un pesado y ostentoso anillo de oro adornaba una mano de Federico.

Después de cenar, aparecieron las dificultades para volverse a ver. Federico estaba siempre ocupado. Sólo una vez más pudieron juntarse y fue en su lujosa consulta, aprovechando la cancelación de un paciente. Mientras su ex-amado hablaba jactanciosamente de sus logros, Isabel miraba los zapatos de cuero de cocodrilo de Federico y pensaba qué habría sido su vida de casada con ese hombre.